

## EL PERUANO LIBERAL.

Domingo 12 de Diciembre de 1813.

EXTRACTO DE LO MAS IMPORTANTE DE LAS  
actas de este Excmo. Ayuntamiento.

Dia 1. de Junio de 1813.

Se libraron las providencias mas eficaces para realizar la siembra de trigos en los valles circunvecinos, encargando al Sr. alcalde D. D. José Cabero, convocase las juntas necesarias de hacendados, para que sin la menor demora, procediesen sin escusa á verificar dicha siembra, con arreglo á los planes de distribucion constantes del expediente; cuidando igualmente el Sr. Conde de S. Isidro de que se llevasen á efecto las resoluciones del Sr. alcalde. Se tomaron las medidas mas convenientes para impedir la extraccion de trigos y arinas de esta capital, pasando oficio por el efecto al administrador de la aduana nacional, y notificandose á los abastecedores y molineros no vendiesen los primeros aquellas especies, ni moliesen los segundos trigo para extraerlo. Se dió parte de todo al Excmo. Sr. Virrey, haciendole presente lo necesario que eran las siembras en los partidos de Charcay, Huana, Bativilca, Caffete y Chíncha, quedando encargado el ayuntamiento de proponer los medios para el menor costo de su conduccion,

Que en la solemnisima accion de gracias por la memorable victoria que ganaron las tropas del Rey, en los campos de Vilcapugio el dia 1. de octubre de 1813. Pronunció en la iglesia matriz de la villa de Oruro, el dia 14 del propio mes y año; el Illmo. Sr. Dr. D. Benito María de Moxó y de Francoli, Arzobispo de los Charcas.

## OMILIA.

Dos muy grandes y justísimos motivos, me obligan, amados feligreses á convocaros esta mañana. El primero, para dar gracias al Dios de los egércitos, por la memorable victoria que las armas nacionales acaban de conseguir en los campos de Vilcapugio. Y el segundo, para dar igualmente gracias á este mismo Señor, al omnipotente y amabilísimo Dios de nuestros padres, por nuestro cautivo monarca el Sr. D. Fernando septimo, el qual, aunque rodeado de tantos peligros, y oprimido con tan acerbos trabajos, vive, vive aun sano y robusto, y cumple hoy el año veinte y nueve de su edad. Feligreses míos: estos son, repito, los dos motivos de la presente fiesta, y del magnifico apa-

rato de este templo. Yo me lisonjé de que todos vosotros compendieréis fácilmente, que he tenido mucha razón para convidaros á que entonémos juntos á la Divinidad el sagrado himno de alabanza, y le ofrezcamos juntos el augusto y eucarístico sacrificio. Porque sabéis como católicos, que todo bien, todo acontecimiento prospero nos viene de lo alto, y deciendo sobre nosotros del dulce regazo de aquel amoroso Padre, á quien unicamente se debe todo honor y toda gloria; y como españoles, poseéis sin duda un corazón noble y generoso, y por consiguiente sentís un íntimo impulso que con suave é irresistible fuerza os lleva á confesar, agradecer y publicar, los beneficios recibidos: pues el desconocimiento y la ingratitud, solo se abrigan en una alma vil y en un pecho cobarde y fementido.

Sin embargo, para aumentar vuestro júbilo, para ilustrar vuestra fé, y añadir nuevos estímulos á vuestro agradecido amor, permitidme que os haga algunas reflexiones muy breves y oportunas, acerca de los dos expresados puntos; á fin de que quando dentro de pocos momentos levantaremos sobre esta ara el cordero sin mancha, acompañéis á la oblation de tan apreciable hostia unos votos y suplicas dignas del zelo y piedad cristiana.

El primer motivo de nuestro regocijo y de

nuestras de mostraciones religiosas, ées, como os decía la asombrosa victoria de primero del corriente. En efecto, feligresos míos, en aquel día consiguieron las tropas del Rey un completo y gloriosísimo triunfo. Habiendo pasado la antecedente noche sin tiendas en lo más erizado y riguroso de la vecina cordillera, y habiendo sufrido en tan crudo y desabrigado páramo un fríasimo y continuo ventisquero de nieve, no se notó en ellas el más mínimo sintoma de queixa ó desaliento, ni se oyó otro rumor, que un susurro que por intervalos salía de entre los ranchos de los soldados, los cuales en voz baxa se exortaban mutuamente á pelear con intrepidez, y derramar, si fuese necesario toda su sangre, para sostener la sagrada causa de la religion y de la patria. Se parecia sobre manera nuestro estrecho campamento, á los reducidos reales de los bravos Macabéos, en ocasion en que enardecidos con los discursos del zeloso Matathías, aguardaban la señal para echarse sobre las numerosas huestes de Antioco; pues ciertamente ni era menor el ardimiento, firmeza y serenidad de nuestras tropas, ni su varonil impaciencia por el deseado instante del ataque. En fin llegó este, luego que se disiparon las nieblas de la noche que no permitian dar un paso por aquellas fragosas quebradas, y rayaron

sobre las inmediatas cumbres los primeros albos  
de la aurora.

Baxan entónces de lo alto del cerro nues-  
tros guerreros, y llegando á la llanura, y for-  
mandose en batalla, se arrojan sobre el ejército  
contrario que dividido ensiete robustísimas colum-  
nas, se adelantaba tambien hacia ellos con la  
bien fundada esperanza de envolverlos y aniqui-  
larlos. Esta terrible perspectiva no arredra de  
ningun modo á nuestros batallios. Fiados antes bien  
en el auxilio de Dios y en la justicia de la cau-  
sa que defienden, y consultando unicamente con su  
gran corage, arrostran por tan evidente riesgo, re-  
sultos á vencer ó morir. Y aunque al principio la  
numerosa fusilería enemiga, y su gruesa y bien  
servida artillería hacian crueles estragos en nuestra  
izquierda, y aunque con su terrible y sostenido cho-  
que y con retirarse herido uno de nuestros mejo-  
res gefes, se desordenó nuestro cuerpo de reserva,  
y se abrió un claro en la línea de batalla; este si-  
ñestro y peligroso suceso solo sirvió para avivar  
mas y mas en los pechos de nuestros combatientes;  
la llama del honor y de la venganza. A la pri-  
mera voz del general se reune prontamente como  
si maniobrasen en una parada, y estrechando sus fi-  
las, vuelven á la carga con nuevo y desudado de-  
nuedo. Desde ese instante nada fué capáz de resistir

á la violencia de su impetu. El campo se cubrió de polvo y de humo: por todas partes centellaban rayos y llovían balas de varios calibres; temblava de continuo la tierra; y los eocs de las montañas y del despoblado repetían á cada momento el prolongado y pavoroso estallido del trueno. como en una desecha tormenta. Por ultimo, después de siete horas de fuego, se dió el exercito contrario y del todo se dispersó, dexando en nuestro poder su parque, su cañon, muchos fusiles y sables, todas sus tiendas, casi todo su equipage. Entonces entre los confusos y agudos gemidos, entre los sentidísimos ayes y lamentos de los enemigos que morían revolcandose en su propia sangre se oyeron dos alegres alaridos de los vencedores que con redobladas voces respiran, „victoria victoria“; cuyos gritos hiriendo á los vencidos á manera de punzantes espuelas eran causa de que mas desapoderadamente huyesen de modo que en poco tiempo se desaparecieron todos.

Este, este fué feligreses míos el gran triunfo que las armas nacionales consiguieron el dia primero del corriente, y este es tambien el primer motivo de la presente solemnidad, en la que hemos venido á este santo templo para tributar á nuestro Dios misericordioso y compasivo el justo homenaje de alabanza y accion de gracias, publicando con el mas humilde reconocimiento, que su diestra todo-

poderosa y no la fuerza de nuestros brazos, nos ha proporcionado tan inesperada victoria. Y á la verdad, católicos, mil razones nos impelen y precisan á hacer esta sincerísima confesion. Porpue hemos peleado contra un egército muy superior al nuestro en armas, en gente, y en caballos: y con unas tropas rendidas de fatiga por lo rapido y precipitado de las marchas, y acosadas de hambre y de sed, hemos combatido contra unos batallones que habian descansado aquella noche sin el menor sobresalto debaxo de sus abrigadas tiendas, que poseian unos almacenes llenos de toda suerte de provisiones, y que estaban apostados en un terreno al parecer inexpugnable. Pero de nada no obstante sirvieron tan excelentes y decididas ventajas. Fueron arrollados, dispersos y completamente vencidos. ¿Y sabéis por que? Porque ellos habian puesto su confianza en su artillería, en sus caballos, y en sus rifles y fusilos, y nosotros viendolos, inferiores en todos esos artículos, la habiamos colocado unicamente en la proteccion de nuestro Dios y Señor, cuyo adorable nombre y el de su dulcísima Madre invocabamos muy de corazon y con la mayor ternura y confianza. „Nos autem in nomine Domini Dei nostri.“ Y siendo así era muy regular, que callesen ellos y nos levantásemos nosotros.

¡Ah! No digo esto, ni quiero que lo repitais vosotros, para insultar á los vencidos que son nuestros hermanos. Lo digo con el solo fin de advertiros con el apostol, „que la piedad es util para todo y para todos“; util igualmente en los sobresaltos y sangrientos choques de la guerra que en la profunda calma de una dulce paz; util no menos á un intrepido militar que á un sencillo y quieto artesano; á un atareado padre de familia que á un retirado monje, ó anacoreta. Dad pues á Dios, feligreses míos, toda la gloria de este triunfo, ó imitad á nuestro verdaderamente cristiano y valeroso general, quien luego que vió rotas y dispersas las huestes enemigas, dobló la rodilla en el mismo campo de batalla, y levantando manos y ojos al cielo presentó al Señor de los ejércitos y á su digna Madre la Virgen María, los laureles y que á costa de tantos sudores y riesgos acababa de recoger, protestando que sería indeleble su gratitud, y que se tendrías siempre por sobrado feliz de haber hecho aquel corto servicio á su nacion y á su Rey, hemos dicho lo bastante sobre el primer motivo de nuestros festivos cultos: añadamos algo acerca del segundo.

Se concluirá

Lima : Imprenta Peruana por D. Tadeo Lopez.